

Rosa Díez

¿Cómo hemos llegado a esto?

De aquellos polvos, estos lodos

ÍNDICE

<i>Prólogo. Nos descuidamos... y pasó</i>	11
1. RESISTENCIA CONTRA EL TERRORISMO	
Y DENUNCIA DE SUS CÓMPLICES	19
El que avisa no es traidor	27
El final dialogado y los productos milagro	27
Contra el fascismo	30
Lo policial y lo político	32
Tiempos felices que no volverán	35
Contra la neutralidad y por la rebelión democrática	38
¿Pero es que vamos a volver a empezar?	42
Carta a un amigo asesinado	44
Psicodeterminación	45
Yo no voy a ir	48
La dignidad y el poder	50
Por la libertad	54
Activismo por la libertad	57
Mantener la alternativa	61
Se acabó lo que se daba	66

2. Y EN ESTAS, LLEGÓ ZAPATERO	71
No en mi nombre	85
Desmitifiquemos la Vía Láctea	88
Lo más sagrado	92
Carta abierta al presidente del Gobierno	96
Las sonrisas de los verdugos	101
Entre Chamberlain y Churchill	105
Aquelarre nacionalista en Estrasburgo	109
Día negro en Estrasburgo	113
Carta abierta a Juan Carlos Rodríguez Ibarra	118
Carta abierta a Rosa Díez	122
Los límites se llaman Carlos Alonso y Diego	
Armando	125
Por un pacto de Estado contra ETA	129
Organizar la coartada	133
Las líneas rojas que nunca debieron ser	
traspasadas	137
¿No creéis que ya ha llegado la hora?	140
Que se aplique la ley sin adjetivos	144
¿Qué miembro del Gobierno iría al funeral?	147
Recapitulemos	153
ETA culpable, Gobierno responsable	157
Derrotar a ETA	162
La perversión de la política	165
Defender los símbolos es defender el Estado	170
Hay motivos	174
El valor de la palabra	178
La infamia y la hipocresía	181
3. SEGUNDA LEGISLATURA DE ZAPATERO	185
Nos descuidamos... y pasó	188
Con todas las de la ley	188
Ayuntamientos gobernados por terroristas	191

Que el Gobierno actúe ya contra la impunidad .	193
No es la lengua, son los ciudadanos	195
La ley catalana debe ir al tribunal de Estrasburgo	199
Nuestros hijos	202
Escándalos, partidos y justicia	203
Conmigo que no cuenten	206
Educación: tarde, mal y nunca	209
Lo que les une	212
¿Cuándo saldrá a la calle la Tercera España?	215
¡Es la política, estúpidos!	219
El pase foral de Zapatero: acato pero no cumpló	221
¿Quiere el PSOE amnistiar a ETA?	224
Lo peor ya ha pasado	227
Que el día 20N pongan otra urna	230
¿No habrá treinta y cinco ciudadanos en la Cámara?	233
La conferencia de la claudicación	235
La traición revelada	238
4. LA LEGISLATURA DE RAJOY	243
La oportunidad perdida	246
El Día de la Patria Vasca	246
Sin perdón	251
Nosotros no somos como ellos	253
Bolinaga, un asesino sonriente	254
Por un gran pacto contra el independentismo	257
NO	260
Sin verdad no hay democracia	264
El efecto mariposa	266
Quién defiende a España	269
Ni de izquierdas, ni de derechas	273
Tiempos de infamia y de cobardía	277

Silencio, se rueda	280
Que nadie nos dé gato por liebre	283
España no tiene quien le escriba	287
5. Y AÚN HABRÁ QUIEN DIGA QUE NO SE PODÍA SABER...	291
Cuando de Sánchez depende... todo lo que puede empeorar, empeora	292
Se acabó el recreo	292
¿Qué podía salir bien?	297
Dime con quién andas y te diré quién eres	302
Carta abierta a Pedro Sánchez	305
Desmontando las mentiras del «sanchismo»	308
Todo es lo que parece	311
Los españoles y el síndrome de la rana hervida ...	314
El Gobierno que prepara Sánchez romperá España	318
<i>Epílogo</i>	325

PRÓLOGO

Nos descuidamos... y pasó

Una de las preguntas más reiterada en estos tiempos oscuros por los que atraviesa nuestra nación es: «Pero ¿cómo hemos llegado a esto...?». Ante tal interpelación existen quienes tratan de minimizar la gravedad de nuestra crisis democrática equiparando la situación de España con la que viven otros países de nuestro entorno. También están quienes se escudan tras la respuesta que menos les compromete —«No se podía saber...»— para justificar su inacción pasada y su deseo de que, incluso ahora, les dejemos en paz. Pero quienes así se expresan son conscientes de que hemos llegado hasta aquí como consecuencia de las decisiones que se fueron tomando en nuestro nombre y/o a nuestras espaldas, de lo que en cada momento hicimos y también de nuestra falta de respuesta. Y también saben que no hay democracia en el mundo que haya salido indemne de pulsiones antisistema como las que viene sufriendo España y que no hay un solo país en la Europa de la que formamos parte que tenga un Gobierno tan anómalo en términos democráticos como el que preside Pedro Sánchez Pérez-Castejón.

En una reflexión con la que pretendía atribuir a cada cual su responsabilidad sobre el desarrollo de los acontecimientos políticos de su tiempo, Concepción Arenal señalaba que «cuando la culpa es de todos, la culpa no es de nadie». Me parece pertinente que nos apliquemos esa sentencia; porque somos ciudadanos, tenemos libre albedrío y es nues-

tra responsabilidad señalar los hechos y actuar frente a ellos en todo momento. La ciudadanía nos otorga, por igual, derechos y obligaciones; por eso los españoles que nos sucederán merecen saber cómo hemos llegado hasta aquí. Escribo este libro para contribuir a dar una respuesta fundamentada a esa pregunta y lo haré utilizando como guía una serie de artículos —alarmas y denuncias— publicados a lo largo de los años y desde situaciones personales y políticas bien distintas: parlamentaria vasca, miembro del Gobierno de coalición entre socialistas y nacionalistas en el País Vasco, parlamentaria europea, diputada nacional y, finalmente, activista sin otro carné que el de ciudadana española.

España progresó cuando los españoles nos propusimos cerrar las heridas y reencontrarnos como conciudadanos de un mismo país, de una nación de ciudadanos libres e iguales. Ese compromiso intergeneracional e interideológico que se plasmó en los acuerdos de la Transición es el mayor logro de la historia moderna de España. Pero ese pacto luminoso entre españoles no duró el tiempo suficiente para consolidar y vertebrar nuestra joven democracia. Y la mayoría de los españoles asistió entre silente, perpleja, incrédula o aletargada a la ruptura del consenso constitucional que se produjo por el impulso de una fuerza política que había sido protagonista del pacto de la Transición. Durante los años en que la voladura del pacto se iba consumando, la mayoría de los españoles —desde los ciudadanos anónimos a las fuerzas económicas, sociales, medios de comunicación, prescriptores de opinión...— desoyeron las alertas y prefirieron mirar hacia otra parte mientras en nuestra joven democracia, de forma contumaz y programada, se iban rompiendo los incipientes vínculos de ciudadanía. Quizá podamos encontrar una explicación a tamaña negligencia por el hecho de que en España no se ha hecho pedagogía democrática y no hemos sido educados para defender nuestra democracia y a las instituciones que la representan. Y quizá también porque asumir el alcance de lo que estaba ocurriendo nos obligaba a comprometernos y a actuar; y resultaba más cómodo pensar que eran exageraciones interesadas las llamadas de atención sobre las consecuencias de la ruptura de la cohesión entre españoles que se estaban produciendo. Sea cual sea el peso de cada uno de los motivos por

los que individual o colectivamente la sociedad española no reaccionó, la desoladora conclusión es que, descuidándonos, esperando que «otro» lo arreglara o pensando que «no va a pasar nada», que las alarmas son «cosas de políticos»... es como hemos llegado a la situación actual.

Quiero llamar la atención sobre el papel que la perversión del lenguaje ha jugado en este proceso de deterioro democrático. A lo largo de los años en los que todo ha sido sometido a revisión sin ningún tipo de diagnóstico ni análisis previo, el lenguaje tramposo ha sido utilizado para ocultar lo que se pretendía hacer, para desorientar a los ciudadanos, para simular progreso donde solo había ruptura y regresión. La perversión del lenguaje se ha convertido en un instrumento referencial de nuestro tiempo. Sin las trampas del lenguaje para conseguir pervertir la acción política, nunca habiéramos llegado a una situación como la actual.

Es verdad que el éxito alcanzado por los rupturistas sin apenas resistencia y la velocidad con la que se ha venido deteriorando la cohesión entre españoles son consecuencia de nuestra debilidad como sociedad, del hecho de que la democracia española es muy joven y tiene una escasa estructura cívica y muy limitados contrapoderes sociales y democráticos. Nada de esto hubiera podido suceder en Francia, en Alemania, en el Reino Unido o en Italia. Ningún gobernante, aunque lo hubiera pretendido y por mucha mayoría electoral que tuviera detrás, hubiera podido poner el país patas arriba en tan poco tiempo. Desde el funcionamiento reglado de una democracia parlamentaria hasta la actuación de los poderes sociales, económicos, sindicales y mediáticos... el conjunto de la sociedad se lo hubiera impedido. En nuestro país no han funcionado ninguno de esos contrapoderes democráticos; y así es como unos gobernantes dispuestos a romper con una historia común que había puesto a España entre los países más admirados de Europa han podido actuar con total impunidad y eficacia. Al menos hasta ahora.

El análisis de lo que hizo cada cual mientras se rompían nuestros vínculos de ciudadanía y se ponía en riesgo la convivencia entre españoles resulta un instrumento imprescindible para enfrentarnos a la realidad e impedir que se repita la historia. Porque las cosas no se han estropeado en España de la noche a la mañana ni como consecuencia

de un fenómeno exógeno o paranormal; existen culpables y también responsables de que hayamos llegado a una situación crítica como país. Los culpables son esos políticos sin escrúpulos que, en un ataque de frialdad y adanismo, comenzaron por negar las virtudes de la Transición y fueron asumiendo los postulados de quienes habían llegado incluso a asesinar a centenares de ciudadanos inocentes para tratar de impedir que la Constitución tuviera una oportunidad; los culpables son esos políticos que, por un puñado de votos, acabaron por banalizar el mal aliándose con quienes nos han querido arrebatar la vida y han perseguido y anulado nuestras libertades; los culpables son esos políticos que utilizan las instituciones para destruir la igualdad entre españoles y que obtienen y mantienen el poder aliándose con aquellos que han expulsado de su tierra a muchos miles de ciudadanos que no quisieron renunciar a serlo. Si esos políticos rupturistas lograran que triunfe su estrategia, provocarían que España regresara a lo peor de nuestro pasado y que se cumpliera en nosotros la amarga profecía de Gil de Biedma: «De todas las historias de la Historia / la más triste sin duda es la de España, / porque termina mal...». Señalar a cada uno de ellos, a través de sus actos, es el primer paso para provocar que no puedan culminar su objetivo.

Pero también hemos de prestar atención a la responsabilidad que tienen en el desenlace esos que van de justos y de demócratas de toda la vida mientras permiten y justifican que el mal se extienda con total impunidad. Entre los responsables del avance de la ruptura naturalmente que hay gradaciones; están los tibios, esos que en un pasado con sangre miraron hacia otra parte para no arriesgar su propia seguridad o comodidad y hoy mantienen una actitud de aparente crítica mientras el partido político al que han votado o del que son afiliados sella pactos con quienes sembraron de terror y muerte la España democrática.

Están los cobardes, esa legión de españoles acomodados en su secta que prefiere olvidar lo que realmente pasó, esos que lo relativizan todo, que caminan encantados junto a quienes nos perseguían, nos amenazaban y pasaban información o señalaban directamente a las futuras víctimas. Son también responsables esos sectarios sin memoria ni piedad que justifican que la gentuza que sigue defendiendo el terrorismo pase, sin

solución de continuidad, de exterminar a cargos públicos democráticos a ocupar los huecos que dejaron. Son responsables esos cobardes que para que les dejen en paz y les acepten en el rebaño defienden las consignas supremacistas de quienes se creen superiores y no permiten que los niños se expresen y estudien en la lengua común; son responsables los sectarios que consideran progresista aliarse con prófugos de la justicia y con aquellos que en las comunidades en que gobiernan vulneran los derechos de quienes no renuncian a ser ciudadanos españoles.

Las nuevas generaciones tienen derecho a que la verdad no sea sustituida por versiones interesadas sobre los hechos que se produjeron, tienen derecho a que no se repita la historia. Conozco a muchos alemanes jóvenes que sienten una necesidad casi compulsiva de explicarse, de explicar lo que ocurrió cuando ellos ni siquiera habían nacido. Y sé que, en muchas ocasiones, mirando a sus padres y a sus abuelos, se habrán preguntado: «¿Y tú qué hiciste entonces?». Escribo este libro porque sé que algún día también nuestros hijos y nuestros nietos nos interpelarán. Y quiero poder mirarlos a los ojos cuando nos hagan esa pregunta.

El libro habla de nuestra historia reciente como país, de lo que fracasó y de lo que tuvo éxito, de lo que hicimos bien y de lo que hicimos mal. En este relato, conformado a través de los artículos escritos durante todos los años que abarca, se abordan los principales acontecimientos políticos que se han venido produciendo en España desde que comenzamos a construir la democracia. Encontrarán un énfasis especial en lo sucedido durante y tras los años de plomo, ese momento crucial para la historia reciente de nuestra democracia, en el que, una vez derrotada operativamente ETA, unos políticos sin principios decidieron romper el consenso democrático poniendo en riesgo la seguridad jurídica y el propio entramado institucional.

Es un relato sobre hechos verídicos y relatados en tiempo presente en el que voy trasladando mi posición y mi opinión sobre el papel que han jugado los inductores del cambio de política y de la ruptura del consenso y, sobre todo, de las consecuencias que habría de tener para el conjunto de la sociedad española. La opinión es personal y, por tanto, parcial; pero los hechos que se describen son reales, crudos, incontes-

tables. Solo escribo de lo que conozco, de lo que he vivido de forma personal y directa y en la misma trinchera que muchos de nuestros escudos, víctimas inocentes que hoy ya no pueden dar testimonio de su propia historia. También para honrar su memoria los españoles merecemos conocer la verdad.

Muchos de los artículos que integran este libro están escritos durante los años en los que asistíamos a los funerales de centenares de víctimas inocentes que fueron asesinadas por ETA porque constituían un estorbo para el modelo totalitario que pretendían construir. Y todos ellos tienen en común haber sido publicados mientras la sociedad se iba adormeciendo por efecto del cloroformo de «la paz» o «el diálogo», conceptos utilizados desde el inicio de la Transición por los enemigos de la democracia y cuyo significado se pervirtió de forma generalizada al ser adoptados por quienes han traicionado el pacto constitucional para blanquear sus alianzas de poder con los enemigos eternos, jurados y sangrientos de la democracia, con ETA y con los golpistas y los prófugos de la justicia.

Pero no debemos conformarnos con que se recuerde y/o se conozca la historia verdadera. Debemos dar un paso más, debemos armarnos de valor e interpelar a los cómplices silenciosos de la traición, a los relativistas, a ese amplio colectivo de españoles que se sienten «de los buenos» porque un día fueron nuestros compañeros en la resistencia al totalitarismo, pero han callado y consentido las traiciones encadenadas de «los suyos». Es el momento de la resistencia activa, la hora de que los españoles que apostamos por la convivencia y la ciudadanía volvamos a sentirnos mayoría, la hora de hablar alto y claro, la hora de la verdad. Es el tiempo de los rebeldes. Y no hay nada más efectivo para rebelarse contra el mal que recordar de dónde venimos, qué ocurrió, qué hizo cada cual ante cada cesión al totalitarismo, ante cada traición, ante el miedo que nos provocaban, ante el dolor.

Es verdad que en un país en el que los dirigentes políticos se eligen a través de un proceso democrático es imposible evitar que llegue al Gobierno un loco o un malvado, alguien dispuesto a destruir el propio sistema con el que ha alcanzado el poder. Pero, como decía antes, en

las democracias estructuradas y bien vertebradas existe una sociedad organizada capaz de impedir que una persona que responda a esa pulsión destructiva ponga en riesgo el sistema democrático. Es hora de que comprendamos que la auténtica naturaleza de la amenaza contra nuestra democracia no reside en el hecho de que hayan llegado al Gobierno y a otras esferas de poder personas sin escrúpulos ni valores democráticos; la auténtica amenaza reside en la debilidad de nuestra joven democracia, en la debilidad de una sociedad que no ha sido educada en el principio básico de que las instituciones no se defienden solas y que la democracia necesita ciudadanos militantes que la salvaguarden. Solo si asumimos esta realidad seremos capaces de enfrentarnos con éxito a los problemas y a los retos que tenemos por delante para superar esta gravísima crisis democrática e impedir que se repita la historia.

La inmensa mayoría de los ciudadanos de este país queremos volver a caminar unidos frente a los rupturistas y a quienes no tienen confianza en España y en los españoles. Y no tenemos derecho a olvidar a quienes han pasado toda su vida enfrentándose a los totalitarios, no tenemos derecho a perder la esperanza. Y tampoco tenemos derecho a no trabajar hasta la extenuación para impedir que se repita en nuestros hijos la historia que vivieron nuestros padres. En momentos difíciles Albert Camus escribió: «La verdadera desesperanza no nace ante una obstinada adversidad, ni en el agotamiento de una lucha desigual. Proviene de que no se perciban más las razones e, incluso, de que no se sepa que hay que luchar».

La lucha es difícil, sí; sobre todo cuando una parte de los buenos ha cambiado de bando. Pero las razones permanecen claras. Defender la verdad y luchar por la libertad siempre vale la pena.

RESISTENCIA CONTRA EL TERRORISMO Y DENUNCIA DE SUS CÓMPLICES

Los tiempos de plomo y el nacionalismo obligatorio

«Paz» es una de las palabras más manipuladas de la historia. Recuerdo que en los años en los que cada semana asistíamos al menos al funeral de una víctima de ETA, los denominados «años de plomo», los comisionistas del crimen y los adormecedores de la resistencia apelaban a ese concepto de forma constante para intentar justificar cualquier cesión ante el terrorismo asesino y/o el nacionalismo obligatorio convertido en cómplice. Eran tiempos en los que ETA apelaba a «la paz» o «la democracia» en los comunicados en los que reivindicaba la autoría de los atentados; tiempos en los que no había una sola encuesta en la que al entrevistado no le preguntaran si estaba «a favor de la paz»... ¡Como si alguien pudiera contestar negativamente a esa pregunta...!

La perversión del lenguaje para pervertir la política y, a partir de ahí, las propias instituciones no es cosa nueva. En España comenzó a utilizarse hace mucho tiempo, cuando quienes preparaban la rendición ante ETA y el nacionalismo obligatorio necesitaban adormecer al conjunto de la sociedad para provocar nuestro desistimiento «llamando a las cosas por los nombres que no son» (Pilar Ruiz, madre de Joseba Pagaza). Ya entonces había voces que se oponían a esa tergiversación de la realidad y no cesaban de denunciar que lo que nos faltaba en Euskadi era la libertad, que la paz no era el problema, que nunca estuvimos en guerra, que lo que unos pocos vascos enemigos de la democracia nos

querían arrebatar a tiros era la libertad. Los mismos vascos a los que hoy los socialistas llaman «progresistas», esos a los que Zapatero reconoció como interlocutores políticos y a los que Sánchez ha entregado el relato de la «memoria democrática», los mismos con los que ha pactado la destrucción del sistema del setenta y ocho.

Las ansias de libertad de los vascos que luchábamos para derrotar a ETA no tenían nada que ver con «la paz» que Zapatero le dijo a Eduardo Madina que le iba a regalar después de que ETA le volara una pierna. La paz de Zapatero —como la de ETA, como la de Franco— es la paz de los cementerios; la paz del nuevo PSOE es la que se empezó a construir sometiendo al Estado de derecho a las exigencias de legalización de Sortu —el partido más claramente heredero de Batasuna— dando empujones al Tribunal Supremo primero y al Tribunal Constitucional después («Esto lo arregla el Tribunal Constitucional», que diría Zapatero cuando el Supremo no cedió a las presiones); «la paz» del nuevo PSOE se construye en base a las peticiones de libertad para Otegi y las visitas al dirigente batasuno de Eguiguren y el obispo Uriarte. Los socialistas dejaron de hablar de libertad y sustituyeron ese concepto por «la paz» cuando decidieron cambiar de estrategia y renunciaron a perseguir la derrota de ETA para pasar a reconocer a la banda terrorista como interlocutor político. La gente de mi generación que ha nacido o pasado su vida en el País Vasco sabe bien que se puede vivir en paz sin tener libertad; y que «la paz» sin libertad no es nada.

Pero el Gobierno de Zapatero comenzó a hablar de «paz» porque la libertad solo podía venir de la derrota de ETA y ellos ya no estaban en eso, ellos estaban en el «final dialogado». En aquellos tiempos dediqué varios artículos a explicar lo que significa la derrota de ETA, a explicar que la derrota de la banda terrorista es mucho más que la derrota «militar» de sus comandos, extremo este que se había logrado cuando Zapatero decidió rescatarlos. Derrotar a ETA significa deslegitimar radicalmente su historia, sus objetivos, sus métodos. Derrotar a ETA significa que mientras la organización terrorista exista, mientras haya memoria viva de sus víctimas, mientras todos los crímenes no hayan sido juzgados, no conseguirán ninguno de los objetivos políticos

en cuyo nombre instituyeron una sola víctima. Nada. Ni la autodeterminación, ni la independencia, ni la anexión de Navarra. Nada. La derrota de ETA requiere hacer justo lo contrario de lo que comenzó a hacer Zapatero y hoy ejecutan Pedro Sánchez y el PSOE. Derrotar a ETA es lo contrario de entregarles la custodia de la memoria democrática y convertirles en interlocutores y socios preferentes del Gobierno de España. En democracia hay que legitimar los objetivos, no solo los métodos. Por eso ninguno de aquellos objetivos de ETA que requirió del crimen podría ser otorgado por la democracia. Por eso sostengo que el PSOE ha tomado el relevo al nacionalismo obligatorio —«Ellos mueven el árbol, nosotros recogemos las nueces» o «Coincidimos en el fondo, aunque no en la forma», que dirían Arzalluz y el PNV a lo largo de los años más sangrientos— y hoy lidera la traición a la democracia.

Al manipulador concepto de la paz se unió enseguida el otro gran señuelo, «el diálogo», concepto este que sobrevive y que es utilizado ahora mismo por Pedro Sánchez y el PSOE para justificar las cesiones a quienes en el pasado nos mataban y en el presente tratan de conseguir, sin bombas, lo que no lograron en los años de plomo: destruir la democracia e imponer su proyecto totalitario rompiendo la igualdad entre españoles. «Diálogo» es el mantra que utilizan Pedro Sánchez y todos sus cómplices para defender la impunidad de los delincuentes cuyos votos necesita para mantenerse en el poder. «Diálogo» con los golpistas; «diálogo» con los filoetarras que siguen homenajando a los asesinos y reivindicando la historia de ETA; «diálogo» con los prófugos de la justicia; «diálogo» con los que dieron un golpe contra la democracia desde Cataluña...

Pero, como decía antes a propósito de «paz», ni la perversión del lenguaje es cosa nueva ni la banalización del mal se ha implantado en el Partido Socialista de la noche a la mañana. Los artículos que componen este libro denuncian cómo el PSOE ha ido abandonando los principios y los valores democráticos para apalancarse en el poder sin que la mayoría de sus afiliados o dirigentes alzarán la voz. Recuerdo una entrevista que le hicieron a Patxi López en su etapa de lehendakari, presidencia a la que accedió gracias a los votos del Partido Popular. A preguntas

del periodista sobre cómo escribir nuestra historia y si el relato debía incorporar tanto a las víctimas como a los verdugos, Patxi López puso como ejemplo la Alemania nazi, una evocación que resultaba absolutamente inadecuada. El fin de la Alemania nazi —que venía de una guerra que costó millones de muertos— no terminó con «diálogo», sino con una negociación a la que se llamó «capitulación sin condiciones». Qué duda cabe que la paz era un gran objetivo para una Europa que sí que estaba en guerra; pero la paz, esta sí y sin comillas, solo sería real si iba precedida por la derrota del nazismo, ideología totalitaria que niega la libertad. Leí hace tiempo cómo se desarrolló aquel momento final. El general en jefe de las tropas estadounidenses en Europa, Ike Eisenhower, se negó a ver al general Jodl hasta que este hubo firmado la rendición incondicional. Después entró en la sala en la que estaba el alemán y sin preámbulos, preguntó: «¿Han entendido ustedes los términos de su rendición incondicional y están dispuestos a cumplirlos?». Jodl se levantó, se cuadró y asintió con la cabeza. Eso fue todo. Poco después, a finales de julio de 1945, se celebró la Conferencia de Potsdam y allí se aprobó la política de desnazificación cuyo objetivo era acabar con el partido nazi, sus instituciones, organizaciones, leyes, y cualquier rastro de su influencia en la vida pública alemana. Hoy el partido nazi sigue prohibido en Alemania. Eso es la derrota.

Más allá de la inapropiada comparación que estableció Patxi López en su cita con *Gara*, existen tres grandes diferencias entre el final del nazismo y el final que el PSOE ha buscado y pretende para ETA y que, lamentablemente, la sociedad española ha ido asumiendo. En Euskadi nunca ha habido una guerra; lo que en España se ha sufrido ha sido consecuencia de la acción cruel de los terroristas vascos que para imponer su régimen totalitario asesinaban a quienes se enfrentaban al régimen de terror y defendían la democracia. La única guerra declarada ha sido la de los terroristas, la democracia solo ha declarado la paz. Una parte mataba y otra parte moría. Extraña guerra esa...

En el falso paralelismo establecido por Patxi López entre la Alemania nazi y la España constitucional se percibe que el PSOE ya había cambiado de estrategia y trataban de inocular en la sociedad la idea de

que «la paz» habría de venir del diálogo entre demócratas y terroristas. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial se celebró el juicio de Núremberg en el que no solo se juzgó y condenó a los criminales, sino que se juzgó y condenó el régimen en cuyo nombre constituyeron las víctimas. Nunca hemos hecho eso en España, y esa es nuestra asignatura pendiente. Porque, si se juzgara a ETA, ninguno de sus herederos podría formar parte de las instituciones; y no habría ningún partido político, ningún Gobierno democrático, que se atreviera a reconocerlos como interlocutores políticos y a sellar pactos con ellos.

Y, por último, ni en Potsdam ni después ha habido ningún demócrata que en nombre del partido al que pertenecía y para conseguir el poder haya propugnado la legalización de ninguna marca blanca del nazismo para que pudieran presentarse a las elecciones. Traten de imaginar a un gobernante alemán abogando por la excarcelación de cualquier dirigente nazi o pidiendo la flexibilización del régimen carcelario para los nazis condenados por los tribunales de justicia alemanes. Y después piensen en España, con sucesivos Gobiernos socialistas, desde Zapatero a Sánchez, abogando por la excarcelación de Otegi; defendiendo el acercamiento de terroristas juzgados y condenados y que se niegan a colaborar con la justicia para esclarecer los más de trescientos crímenes de ETA aún sin juzgar; indultando a los golpistas y eliminando del Código Penal los delitos por los que fueron condenados... Y pactando el Gobierno de la nación con la portavoz de un partido que ha sido condenada por enaltecimiento del terrorismo, que se niega a condenar a ETA, que se niega a condenar la violación de la tumba de Fernando Buesa, que defiende los homenajes a terroristas excarcelados, un partido que lleva en sus listas a terroristas condenados por delitos de sangre...

Habiendo conseguido que un partido político de los que fueron clave para construir la democracia haya legitimado la historia de terror de ETA, ¿por qué los terroristas y sus herederos van a condenar los crímenes que cometieron si es el camino que los ha llevado al éxito? ¿Por qué va a tener que arrepentirse ningún terrorista de nada a título individual si están volviendo a sus pueblos entre homenajes y como

héroes mientras el partido que gobierna España ha convertido en socio preferente al partido que defiende orgullosamente su historia de terror?

Toda esta miseria que hoy protagoniza el Partido Socialista Obrero Español, todo lo que hoy ocurre ante la perplejidad o la desesperación de millones de españoles, comenzó a gestarse y llevarse a cabo hace muchos años. Por mucho que algunas veces lo fuimos denunciando, paso a paso, he de reconocer que nunca habríamos podido imaginar que, una vez que los comandos de ETA fueron derrotados y la banda terrorista perdió su capacidad para asesinar a víctimas inocentes y poner en jaque a la democracia, el Partido Socialista iba a entregar el poder a los enemigos mortales de la democracia. Nunca habríamos podido imaginar tamaña traición, aunque en los artículos que siguen se verá que algunos socialistas ya apuntaban maneras... Hasta que el mal se institucionalizó.

Quiero insistir en una idea sobre los efectos de la perversión del lenguaje. El diálogo está reservado a personas o colectivos que tienen una base de valores en común, circunstancia que no se produce entre una organización terrorista y un Gobierno democrático. Se dialoga entre demócratas; con los terroristas, se negocia. Lo que cualquier Gobierno serio debe decidir —y explicar a la opinión pública— son los márgenes de esa negociación, que nunca tendrá contenido político. Se podía negociar con ETA sobre los presos, sobre su reinserción, sobre sus familias, sobre los plazos en que se entregan las armas... pero nunca se pueden abordar cuestiones políticas, ni sobre el marco institucional ni sobre el futuro de España, que es lo que estaba haciendo Zapatero cuando ETA hizo estallar un coche bomba en el aeropuerto de Barajas. No importa que no se llegara a acuerdos en aquel momento; la cesión del Gobierno se produjo desde el mismo momento en que aceptó hablar con una banda terrorista sobre las cuestiones que en democracia están reservadas a los representantes de la soberanía popular. De aquellos polvos... estos lodos.

No cabe el diálogo entre el cajero del banco que está siendo asaltado y el ladrón; no cabe el diálogo entre la mujer que está siendo violada y el violador; no cabe el diálogo entre el pederasta y el niño sometido a sus perversiones; no cabe el diálogo entre el maltratado y el

maltratador; no cabe el diálogo entre la víctima y el verdugo; no cabe el diálogo entre el terrorista, el golpista, el prófugo de la justicia... y quien tiene la obligación de cumplir y hacer cumplir la ley. No cabe el diálogo entre los enemigos de la democracia y quienes tienen el deber de defenderla.

En la España de Sánchez, y desde que Zapatero reconoció a ETA como interlocutor político, el Gobierno dialoga con terroristas, con golpistas, con prófugos de la justicia y con cualquier gran delincuente que tenga aunque sea un solo voto que poner a disposición de Pedro Sánchez. Como decía, «el diálogo» es ese manipulado concepto que se utiliza poder pervertir las instituciones y a partir de ahí la propia democracia.

En la época que se denominó «los años de plomo», cuando salíamos de casa con escolta y miles de anónimos ciudadanos vascos —profesores, periodistas, jueces, militantes de partidos políticos constitucionalistas, policías sin uniforme...— tenían que mirar debajo de su coche antes de llevar a los niños al colegio o antes de moverlo para ir al trabajo, publiqué muchos artículos tratando de hacer pedagogía y explicar estos conceptos. Yo era por aquel entonces militante del Partido Socialista Obrero Español y cargo público (miembro del Gobierno Vasco y/o parlamentaria en el Parlamento Europeo). Y ya escribía estas cosas que van a leer a continuación, las mismas que defiendo ahora cuando mi único carné es el de ciudadana española. Eran tiempos en los que yo creía que era útil para España hacer esa denuncia desde dentro del Partido Socialista. Eran tiempos en los que, sobre todo en la primera época y hasta que llegó Zapatero, era posible defender esa posición y seguir formando parte de ese partido. Tiempos en los que, sinceramente, yo creía que se podía conseguir que el PSOE siguiera siendo un partido político defensor de la libertad y la igualdad, un partido que, a la hora de la verdad, quisiera más a su país que a su sigla.

Selecciono alguno de esos artículos en los que también se destacan las cosas que hicimos bien para defender la democracia derrotando al totalitarismo terrorista que pretendía que la Constitución no tuviera una oportunidad.

Hicimos bien cuando los dos grandes partidos de España, Partido Popular y Partido Socialista, suscribimos un Pacto por las Libertades y contra el Terrorismo.

Hicimos bien cuando nos comprometimos a aplicar la ley, toda la ley y nada más que la ley, para combatir la impunidad de los criminales y de sus cómplices políticos y penales.

Hicimos bien cuando los ciudadanos nos organizamos en movimientos cívicos y salimos a la calle a reencontrarnos y a defender lo que nos une.

Hicimos bien cuando con una sola voz, sin trincheras ni ideologías divisoras, reivindicamos la dignidad de las víctimas, todas ellas inocentes.

Hicimos bien cuando el PSOE y el Partido Popular se unieron para exigir a las instituciones europeas que se comprometieran, que pasaran de la solidaridad a la acción común. Hicimos bien cuando hicimos comprender a nuestros pares de Europa que el terrorismo era una tragedia para los españoles, pero que en la medida que era una amenaza para la democracia, debía ser tratado como un problema para el conjunto de los europeos.

Si llegamos a derrotar a ETA fue gracias a ese pasado de dignidad y firmeza democrática. Si llegamos a provocar la derrota operativa de ETA fue porque acertamos quienes defendíamos y defendemos la firmeza ante el terror y ante el nacionalismo obligatorio. Si llegamos a impedir que los comandos de ETA siguieran actuando fue porque se equivocaron quienes pensaban que «algo habrá que darles» para que dejen de matar. La estrategia de la dignidad y de la resistencia es la que triunfó frente a ETA. La estrategia de la dignidad y de la resistencia es la que debemos aplicar en la España de hoy frente a quienes mercadean con la libertad y la igualdad de todos los españoles.

La estrategia de la comprensión ante las exigencias de los terroristas —a la que se añaden ahora la comprensión a los golpistas, a los filoetarras, a los prófugos de la justicia...— fracasó entonces y fracasará ahora. La historia de la humanidad ha demostrado sobradamente que el apaciguamiento no sirve para nada frente al totalitarismo, que es, por definición, insaciable. En los años más peligrosos de nuestra joven

democracia aprendimos que solo desde la defensa de los principios democráticos se puede construir un futuro de libertad. Y esa lección sigue siendo útil para el tiempo presente. Merece la pena recordarlo.

El que avisa no es traidor

En los artículos que integran este capítulo (la mayor parte de ellos —diez— publicados en *El País*, y el resto —cuatro— en *ABC*) encontrarán la voz de la resistencia contra el nacionalismo asesino; el compromiso democrático de los movimientos cívicos para derrotar a ETA; la denuncia del nacionalismo obligatorio, aliado indiscutible en la estrategia de ETA («Compartimos los objetivos, aunque no los métodos...»); la llamada a combatir la perversión del lenguaje; el momento de la esperanza de desbancar al nacionalismo cómplice con un pacto entre constitucionalistas vascos; y la voz de alerta ante los primeros síntomas de traición del Partido Socialista Obrero Español que comenzaron a adquirir oficialidad —antes eran «cosas de Eguiguren...»— desde el mismo momento en que José Luis Rodríguez Zapatero llegó a la Secretaría General del Partido Socialista Obrero Español, PSOE.

El final dialogado y los productos milagro

El País, 9 de septiembre de 1996

Todo el mundo habla del final dialogado del terrorismo. Conjugamos esas mágicas palabras movidos por «razones políticas» o por lo que hemos dado en llamar pragmatismo. No me extenderé sobre las circunstancias que han hecho posible que quienes han defendido y defienden las tesis del conflicto político para explicar el nacimiento y la pervivencia de ETA hayan llegado a convencer al resto de «su» solución. Pero probablemente el cansancio, el desánimo, la confusión y hasta una cierta ausencia de referencias claras hayan contribuido a ello. El caso es que esa es hoy la posición dominante en materia de «pacificación», o al menos la

que como tal se expresa. Por eso resulta difícil mantener públicamente una posición contraria a esa teoría, que tiene por otra parte la ventaja de aparentar que goza de consenso y de dejar en manos de otros, siquiera parcialmente, la solución del problema. Y ya se sabe que siempre tranquiliza mucho la conciencia poder echar la culpa al ajeno.

Yo, sin embargo, no creo que exista posibilidad alguna de llegar a un final dialogado. Creo que nos hemos contado —y creído— una gran mentira. Una mentira que está consumiendo inútilmente nuestras energías.

Final dialogado, decimos. Pero ¿quién quiere dialogar? ¿Nosotros? ¿Y con quién? ¿Con ETA? ¿Y de qué? ¿De todo? Vale, pongamos que de todo. Naturalmente, queremos hablar para acordar el final de las acciones terroristas. Pero ¿quieren los asesinos y su mafia que acaben los asesinatos, las torturas, los secuestros...? Pensemos fríamente un poco. ¿Qué ganan ellos con que esta situación acabe? ¿Acaso que los presos etarras vuelvan a casa? ¡Qué ingenuidad! ETA habla de «sus» presos, pero los presos etarras son hoy más prisioneros de la estrategia de la banda que de nadie. ¿No son los propios dirigentes de ETA quienes están prohibiendo a «sus» presos acogerse a la reinserción?

¿Qué pueden ganar los terroristas de ETA sentándose alrededor de una mesa para hablar? ¿Acaso la independencia de Euskadi? Pero ¿hay alguien que crea aún que la independencia del País Vasco es un objetivo de ETA? La independencia puede ser un objetivo político, pero en modo alguno forma parte de las motivaciones de los terroristas para matar. Ya vale de engañarnos y de caer en su trampa: los terroristas no persiguen nada que tengamos, nada que les podamos dar. Ellos matan para vivir. Somos nosotros, con nuestras torpezas y titubeos, quienes prestamos el discurso político a lo que no es sino pura mafia y terror.

No es posible un final dialogado. Pero no porque nos repugne intelectualmente dialogar con los asesinos, sino porque los asesinos no tienen nada que ganar. Nada. Y esa es realmente nuestra tragedia: no querer aceptar que no tenemos nada que ellos quieran. No les interesa ni la libertad, ni la igualdad, ni el euskera, ni el estado de bienestar, ni la autonomía, ni la democracia, ni la autodeterminación...

No persiguen ninguna de las cosas que hemos logrado o por las que seguimos trabajando. Poco importa que estemos dispuestos o no a dialogar, que estemos dispuestos o no a ceder.

A veces ponemos ejemplos de procesos de «paz dialogada» a los que queremos —decimos— emular. Claro que siempre olvidamos un pequeño detalle: que no hay en la historia un ejemplo de paz que se haya firmado sin que la guerra haya castigado de forma similar a las partes en contienda. Y en Euskadi, no nos engañemos, no hay dos ejércitos luchando. Aquí no hay tal guerra. Aquí lo que hay es un grupo de vascos fascistas que matan, muchos que sufren y unos que mueren. Y que nadie me interprete mal: yo no quiero que muera ni uno solo más. Ni siquiera de los malos.

Pero no crean que pienso que esto no tiene solución. Creo que empezará a tenerla cuando dejemos de engañarnos, cuando dejemos de fiar nuestro futuro en el efecto de los «productos milagro». Contra las enfermedades graves no valen productos milagro. Esa es la clave. Esto no es una guerra; esto es una enfermedad. Y es grave, de esas que, si no se tratan adecuadamente, pueden hacerse crónicas e incluso matarnos.

Los vascos hemos de aceptar que no nos queda otro remedio que convivir, probablemente durante bastante tiempo, con esta nuestra particular enfermedad. Como quien convive con una enfermedad penosa para la que no se conoce aún vacuna o tratamiento definitivo: aceptando que se tiene, aprendiendo a medicarse e intentando que te incomode lo menos posible. Además, hay que evitar el contagio y estar atento a los avances de la ciencia, esperando —y favoreciendo si cabe— que algún día se invente algo que nos cure para siempre. Y tras el diagnóstico y tratamiento correcto, las células enfermas irán disminuyendo en virulencia y en número. Y el ritmo de nuestra vida se normalizará poco a poco. Y lo que es mejor: en unos años, en el peor de los casos, solo nos quedarán algunas manifestaciones residuales de la enfermedad que tanto nos afectó.

Y ya nadie nos mandará a comprar productos milagro.

Contra el fascismo

El País, 9 de mayo de 1998

Sé que los ciudadanos están acostumbrados a oír en boca de los políticos duras palabras y sentidas condenas contra los terroristas cuando tenemos delante el cuerpo caliente de una nueva víctima. Igual que lo están a vernos debatir sobre el fuero y el huevo cuatro días más tarde, sin importarnos nada de lo que dijimos y/o sentimos la víspera. Sí, los ciudadanos están acostumbrados. Pero costumbre no significa, afortunadamente, resignación. Si algo ha cambiado en esta sociedad es que la resignación ha dado paso al cabreo. Los ciudadanos están perplejos, confundidos y hasta hartos en según qué momento. No soportan la ambigüedad, no soportan la palabrería, no soportan la cobardía de quienes se protegen de los malos tras actitudes aparentemente bienintencionadas y dialogantes. Saben de sobra que algunos políticos, algunos jueces, algunos curas, algunos intelectuales han encontrado en la comprensión y la mano tendida a los que nos matan una curiosa y rastrera forma de «pagar» el impuesto revolucionario.

Aunque haya algunos politiquillos empeñados en decir lo contrario, creo que la inmensa mayoría de los vascos está a punto de tomarles el relevo. Hace unos años, esos mismos ciudadanos tenían en los partidos del Pacto de Ajuria Enea un referente claro. Por mucho que los nacionalistas se empeñasen en repetir su particular concepción de ese acuerdo, para los vascos todos —los malos incluidos— el pacto era, como no podía ser menos, un frente contra ETA. —¿Qué es la normalización política de un país, cuando en el mismo anida el fascismo, sino acabar con él?—. Y a los etarras y sus colegas eso les hacía daño, y a los demás, o sea, a la mayoría del pueblo liso y llano, nos encantaba.

Luego llegó una época en la que ETA empezó a estar más débil, y algunos de los del pacto más preocupados. Una época en la que algunos empezaron a estar temerosos de que, en estas circunstancias, su proyecto nacionalista-democrático de país empezara a correr riesgos. Algunos, de esos mismos, empezaron a sentir que el rechazo social al terrorismo podía pasarles factura también a ellos. Por eso, en vez de armarse de

valor y reforzar la unidad de los demócratas endureciendo la respuesta a los terroristas, se armaron de cinismo y de cobardía y declararon que para acabar con el terrorismo —la violencia, lo llaman ellos— había que declararse derrotados. Y así empezamos a caminar por esta senda en la que una siente a veces vergüenza ajena.

Y, un día tras otro —excepción hecha, y no siempre, de los días en que hay funeral—, oímos decir que hay que hablar «con todos, de todo y todos los días», que los del Foro de Ermua somos antinacionalistas que o aceptamos la rendición o no queremos la paz... Voy a decir algo que quizá no sea políticamente ortodoxo: quienes no quieren la paz son ellos, los que están dispuestos a ceder algo más importante que la paz para no arriesgar réditos políticos. Sí, porque ya está bien de erigirse en «defensores de la paz» mientras les mandan recados de amistad a quienes nos matan. Quienes así actúan parecen olvidar que el bien supremo, lo único que nunca nos dejaremos arrebatar, es la democracia. Porque someternos al fascismo no nos llevará nunca a la paz. Nos llevaría a la guerra de verdad, a la guerra entre quienes no estamos dispuestos a renunciar a la democracia contra estos fascistas que se llaman vascos y merecerían ser juzgados como el gran nazi al que emulan.

¿Tan difícil resulta para algunos nacionalistas entender que los vascos no vamos a aceptar nunca más otra dictadura? ¿Tan difícil les resulta comprender que ni con Franco ni con estos aceptaremos la rendición sin pelear? Quizá, de tanto obviar la pluralidad y el profundo sentido democrático de este pueblo, han llegado a creer que aceptaremos cualquier cosa, como ellos. Pues no. Nos ha costado mucho vivir en democracia, nos ha costado mucho ofrecer un futuro de libertades a nuestros hijos, nos ha costado mucho sentirnos orgullosos de pertenecer a un país que se llama Euskadi y que está en esta España democrática que hoy ha vuelto a ser respetada en el mundo. Demasiado como para que volvamos ahora a la vergüenza del pasado.

Por eso conviene que digamos bien alto —y yo lo quiero decir— a esos «bienintencionados» mediadores que no comercien con lo que no es suyo. Que la democracia no está en venta. Y si no tienen valor para enfrentarse, y si solo piensan en los votos que pueden perder si lo hacen,

que se queden en casa y se dediquen a otra cosa. Porque este pueblo vasco al que representan y dicen defender desde la consideración hacia quienes nos matan es un pueblo sensato y pacífico, pero es también un pueblo de rebeldes. Y no es la primera vez que se ha rebelado contra la injusticia y por defender su libertad. Ojalá que esa rebelión no vuelva a ser necesaria; pero si lo fuera, ojalá no les coja a estos buenos de los que hablaba mezclados con los malos.

Y un apunte para estos últimos, unas palabras para los asesinos. Este pueblo —vosotros no lo sabéis porque no formáis parte de él— es generoso y solidario. Es un viejo pueblo amable y paciente. Es también un pueblo orgulloso, capaz de cualquier cosa por defender lo que considera patrimonio de todos. Ha dado, respecto de vosotros, sobradas muestras de generosidad. Pero está llegando a su fin. No sé cuándo, pero yo creo que pronto, la mayoría de los vascos dirá algo que yo ya pienso: se acabó. Se acabó la generosidad, se acabó la mano tendida, se acabó la impunidad. El que quiera sumarse a nuestro proyecto de convivencia que lo haga ya. El que siga matando que sepa que para él no habrá misericordia.

Porque habéis de saber que llegará un día en que no será gratis matar. Llegará un día en que os haremos perder la esperanza. Llegará un día en que todos comprenderéis, los que seguís matando y los que seguís mudos —a veces forzosamente mudos en las cárceles—, que se acabó el espacio para el perdón. Y no será porque nos hayamos vuelto rencorosos. Será porque habremos comprendido que solo cuando perdáis la esperanza de vencer a la democracia, solo cuando perdáis la esperanza de que cuando dejéis de matar todos volverán a casa, solo ese día dejaréis de reclutar asesinos. Y ese día, cada vez más cercano, os vamos a derrotar.

Lo policial y lo político

El País, 3 de agosto de 1998

El debate en Euskadi siempre gira alrededor del mismo tema. Es como si esta sociedad, que se dice agotada de hablar-vivir-sufrir el terrorismo, no tuviera fuerzas para salir de ese maléfico remolino que todo lo absorbe.

Una y otra vez, políticos de distintos signos proclamamos lo insano que resulta este permanente y público debate. Una y otra vez reclamamos espacios para la política, espacios para hablar de los problemas de las gentes, espacios para debatir sobre esos aspectos de la vida cotidiana de los que se ocupan las sociedades normales, los países en los que la democracia no es una aspiración, sino un hecho.

Pero no hay manera. Se dirá que la raíz del problema radica en que la sociedad vasca no es del todo normal, democráticamente hablando. Anidan en ella algunos tintes de anormalidad, y, aunque seamos mayoritariamente normales, la anormalidad lo oscurece todo. Ocurre también, por si algo nos faltara, que a esa anormalidad sangrienta y chantajista se le suma un lenguaje particularmente confuso y perverso practicado, desde siempre, por los nacionalistas institucionales. Es ese lenguaje que pervierte los términos hasta el extremo de haber conseguido —a fuerza de ser repetidos hasta la saciedad en los medios de comunicación públicos— que, por ejemplo, se hable con normalidad del MLNV, sin anteponer ningún verbo y/o adjetivo; o que, siguiendo el ejemplo, todos hablemos de los derechos humanos de los presos etarras, olvidándonos de que la política penitenciaria forma parte de la política antiterrorista y que el único derecho constitucional —y, por tanto, humano— de cualquier preso es el derecho a la reinserción, jamás reivindicada, por cierto, por esos defensores de derechos humanos que quieren a los presos de ETA cerca de casa pero en las cárceles para controlarlos mejor; o, más ejemplos, es esta nueva trampa dialéctica mediante la cual discutimos todos sobre la eficacia de las medidas políticas y/o policiales.

Aquí quería llegar. Quienes han diseñado esta nueva fabulación —aquí nada es casual— han contado con la complicidad sobrevenida de una sociedad democráticamente muy joven, que tiene entre sus dirigentes políticos y sus portavoces mediáticos a toda una generación para la que policía e imposición venían a ser lo mismo. Solo así se puede explicar que tanta gente poco sospechosa de estar en la estrategia de la confusión haya caído en la trampa. Solo en España se podría haber producido la sinrazón de este debate, en el que cada día escuchamos sesudos comentarios sobre la necesidad de aplicar medidas políticas para

acabar con el terrorismo. Puede que no sea políticamente correcto, pero quiero plantear mi discrepancia. Vamos a ver, ¿qué son medidas políticas? Supongo que se llaman medidas políticas a negociar con ETA. Negociar para ceder, para cambiar el marco constitucional y estatutario, claro.

¿De eso hablamos? ¿De cambiar el marco político? Se me dirá que no, que no se trata de hacer concesiones a los violentos (por cierto, he aquí otra palabreja para maquillar el nombre verdadero). Pero, si no se trata de modificar el orden político democráticamente establecido, si no se tratara de adoptar otras medidas políticas distintas a las que votamos los ciudadanos en sendos referendos, las medidas políticas no serían tales. Serían actitudes, más o menos dialogantes, pero simplemente actitudes políticas.

Otra trampa del lenguaje consiste en reivindicar medidas políticas para acabar con el terrorismo, en vez de decir llanamente que lo que se pretende es cambiar el marco político para que quienes apoyan y/o comprenden a los terroristas no encuentren disculpas para seguir haciéndolo. Medidas para integrar en esta España de finales del siglo XX a quienes reiteradamente nos han dicho que no aceptan ser minoría. ¿Por qué no llamamos a las cosas por su nombre? ¿Por qué no reconocemos públicamente, de una vez, que este estatuto que apoyó el 80 por ciento de los vascos es para unos un marco de convivencia y para otros, incluso de los que lo defendieron, un instrumento para llegar a otro sitio? ¿Por qué no pedimos a los nacionalistas que nos digan qué medidas políticas necesitan para integrar al nacionalismo democrático? ¿Por qué no les pedimos que propongan concretamente las reformas constitucionales y/o estatutarias para poder debatir y pronunciarnos sobre el alcance de lo concreto y los compromisos que los proponentes asumirían? ¿Por qué se nos olvida que en este país hubo amnistía tras la muerte de Franco, que los presos políticos ya salieron a la calle, y que esa fue la medida política más generosa que esperar se puede de esta jovencísima democracia? Y, finalmente, ¿por qué nos empeñamos en deslegitimar la importancia política de una labor policial y judicial bien hecha?

Termino con esto último. En esta perversión del lenguaje en que vivimos se ha llegado a aceptar que las medidas policiales son el último

recurso, menos democrático por supuesto que cualquier pacto, sea cual sea el contenido o los actores. Es justo lo contrario. ¿O no es lo políticamente más urgente, al servicio de la democracia, detener y condenar a los delincuentes? ¿No es eso aún más claro cuando se trata de detener terroristas que atentan organizadamente contra el propio Estado de derecho?

Las sociedades del mundo libre tienen jueces y policía para que defiendan individualmente y colectivamente a sus ciudadanos. Y hacerlo bien, eficazmente, es aplicar y defender las leyes, normas políticas de la democracia al fin y al cabo. Reivindico, pues, el título de medidas políticas a la acción de la policía y de los jueces. Y a la vez me atrevo a denunciar que las llamadas medidas políticas ocultan en muchos casos actitudes contrapolíticas, cual es resignarse a que la voluntad popular pueda ser sustituida por el chantaje. Un chantaje asumido desde la incapacidad y/o el miedo.

Tiempos felices que no volverán

El País, 30 de noviembre de 2000

¿Quién no recuerda los Pactos de la Moncloa? Años después, cuando el Gobierno socialista mantenía fuertes discrepancias con los sindicatos, muchos compañeros añoraban aquellos tiempos pasados. Se olvidaban de que lo que fue necesario y posible en la Transición no era ni lo uno ni lo otro una vez finalizada esta. Esta reflexión sobre tiempos pasados me viene al pelo para referirme a otra clase de nostálgicos —quizá los mismos— que andan queriendo escribir el futuro con ensoñaciones del pasado.

Empieza a ser últimamente común entre algunos socialistas —sobre todo de fuera del País Vasco— reivindicar con grandes dosis de añoranza aquellos tiempos en que PNV y PSE gobernábamos juntos en Euskadi. Se dice, y con razón, que aquellos años fueron muy buenos para el País Vasco y que trasladaron a la sociedad un mensaje de entendimiento y tolerancia extraordinariamente positivo.

Pero, amigos míos, aquellos tiempos no volverán. Los años no han pasado en balde, las cosas no han ocurrido porque sí y la sociedad vasca de 2000 no es la de 1986, año del primer acuerdo entre nacionalistas y socialistas.

En el año 1986 —y sucesivos pactos— los socialistas hicimos Gobiernos exigiendo, en el propio pacto de gobierno, lealtad constitucional. Lealtad del Gobierno para con las reglas de juego democrático. Para los socialistas era una condición imprescindible para el acuerdo, y al no exigirle al PNV que renegara de sus discursos anticonstitucionales ni de su cuestionamiento partidario al orden establecido se lo posibilitamos también a ellos. A cambio de que el Gobierno fuera leal «pasábamos» de pedir al PNV un pronunciamiento claro en esa materia. No olvidemos que en un momento en que la Transición en Euskadi no había finalizado, involucrar al PNV en la lucha contra ETA era el objetivo fundamental. Y lo conseguimos.

Pero hoy las cosas han cambiado. Lo que fue necesario para hacer la Transición es insuficiente para darla por finalizada. Hoy no es suficiente que el PNV disimule y calle algunas cosas que sigue pensando. Hoy, y en estas circunstancias, no es posible pactar con ellos si queremos tener un Gobierno Vasco tan normal como la propia sociedad que hemos constituido.

Porque si durante doce años la apuesta de pactar con el PNV fue una apuesta política en clave de Estado, necesaria para moderar y articular la sociedad vasca, incorporando al PNV al consenso democrático, hoy la apuesta de Estado de los socialistas vascos ha de ser dejar al PNV en la oposición. Sí, lo digo con toda claridad, y desde el convencimiento de que este país no culminará la Transición hasta que la alternancia entre nacionalistas y no nacionalistas no sea algo tan normal como lo es la alternancia entre la derecha y la izquierda en el conjunto de España. Claro que para que algo nuevo se convierta en normal, ha de dejar de ser nuevo y ha de dejar de dar miedo.

El fin de la Transición no empezará, como algunos piensan, cuando ETA desaparezca. No; primero normalizaremos las relaciones políticas y después, desde la fortaleza de una democracia asentada y segura, ETA empezará a ver su final según comience a perder la esperanza. Nadie

duda de que cuanto más fuerte sea la democracia, más débil será ETA. Pero no fortaleceremos la democracia mientras sigamos pensando que hacen falta actuaciones extraordinarias y/o Gobiernos de salvación en el País Vasco, sea cual fuera el resultado de las urnas.

Hablemos claro. ¿Nos creemos o no que esta sociedad ha cambiado tanto que ve con absoluta normalidad un Gobierno del PP del PSE o del PNV?, ¿o seguimos pensando, acomplejados, que el PNV es el único partido que puede gobernar Euskadi mientras exista ETA?, ¿y si ETA no deja de existir mientras gobierne el PNV?, ¿no puede ser que haya cambiado más la sociedad vasca y española que sus dirigentes? ¿Seguimos teniendo miedo de que se acabe en Euskadi el tutelaje de los nacionalistas? Yo no, y me atrevo a decir que los socialistas vascos tampoco. Y más aún: me atrevo a decir que la inmensa mayoría de los vascos, tampoco.

Los vascos queremos un cambio real. Y el cambio en Euskadi —país en el que ha mandado el PNV desde siempre— es que ese partido pase a la oposición. Los vascos queremos que los dirigentes del PNV dejen de decirnos que nos tratarán como a alemanes en Mallorca o portugueses en Dinamarca. Y creemos que la única manera de que eso ocurra es que el PNV se vaya a la oposición. Los vascos sabemos que Arzalluz seguirá mandando en el PNV mientras el PNV mande en Euskadi. Y aunque no fuera más que por eso, para que Arzalluz deje de mandar en este país a través de lo que manda en su partido, debiéramos de tener claro la estrategia a seguir.

He empezado este artículo recordando los Pactos de la Moncloa porque los nostálgicos del acuerdo con el PNV me recuerdan a los nostálgicos de esos pactos. Unos y otros, como diría Tagore, de tanto suspirar de noche por el sol, no disfrutaban de la luz de las estrellas. Unos y otros, tan cómodos en el recuerdo de lo conocido, no son capaces de disfrutar de una nueva sociedad más libre, que requiere también nuevos ojos y nuevas recetas para seguir caminando.

Nada hay nada más frustrante que la nostalgia de un pasado que no volverá. Es totalmente inútil y produce melancolía. Claro está que si la nostalgia se centra en cuestiones inocuas o si la practican quienes no están llamados a tomar decisiones, no deja de ser una forma como otra

cualquiera de perder el tiempo. Ahora bien, si embarga a gentes con responsabilidades, que deciden sobre la forma de vida de muchos ciudadanos y sobre las bases en las que hemos de cimentar nuestro futuro, puede llegar a ser peligrosa.

Por eso pediría a los nostálgicos que se den una ducha de realismo. Que se vengán al País Vasco. Que se queden aquí un tiempo. Que convivan con la gente de los pueblos. Que escuchen los silencios cuando se habla de política. Que escuchen las palabras cuando se grita libertad. Que pregunten a los jóvenes sobre sus aspiraciones. Que matriculen a sus hijos en nuestros centros escolares y les digan que cuenten que sus padres son socialistas. Que busquen en los pueblos a los cientos de votantes anónimos no nacionalistas, a ver si encuentran uno que se les identifique. Que pregunten a la gente sencilla qué es para ellos el cambio, quién les quita la libertad, qué hay que hacer para salir de una vez de este laberinto sin volver a entrar de nuevo en él.

Sé que les dirán que estamos hartos del PNV, que nos ahoga su prepotencia, que nos abruma su traición. Les dirán que merecemos ser tratados como un país normal, que elige a sus dirigentes sin primar al que lo ha hecho mal, pero tiene un amigo que aún lo haría peor y además tiene pistola. Les dirán que lo que ellos —los de la nostalgia— llaman confrontación, nosotros lo llamamos firmeza en la defensa de los principios. Les dirán que ya somos mayores, que nos dejen elegir lo que queremos ser y hacer.

Y si encuentran a alguien lo suficientemente «quemado» o con el suficiente desparpajo, quizá les diga: «Oye, y si queréis hacer eso, veniros aquí y lo hacéis vosotros». Y luego, el que salga el último que apague la luz y cierre la puerta.

Contra la neutralidad y por la rebelión democrática

El País, 26 de octubre de 1999

Hay semanas que no gana una para sustos. Y esta ha acabado con dos sobresaltos notables. Por un lado, Egibar nos ha explicado en el Parlamento